



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

# XXX ANIVERSARIO

DISCURSO DEL PRIMER RECTOR  
Dr. EDMUNDO CORREAS

UNC-RD

378.4  
C 824d  
ej.4

MENDOZA  
16 DE AGOSTO DE 1969

Este libro deberá ser devuelto a  
la Biblioteca Central a más  
tardar, en la fecha de vencimiento,  
indicada mas abajo.

3 MAY 1982

MEMORIAS

UNC-R  
378.4  
C 824 d  
Ej. 4

MEMORIAS  
Publicación U.N.C.  
SERIE I

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO  
BIBLIOTECA CENTRAL  
E. 26-XI-80 N° de Orden  
P. Depto. Ext. Univ.  
\$2.500 Valor delu.

378.4 (82 Mga) UNC

Reg. N° F13602 X

DISCURSO DEL DR. EDMUNDO CORREAS  
PRIMER RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NA-  
CIONAL DE CUYO AL CELEBRARSE EL XXX  
ANIVERSARIO DE SU FUNDACION.

PUBLICACION DEL  
Departamento de Extensión Universitaria

Mendoza, 16 de agosto de 1969

CENTRO DE DOCUMENTACION HISTORICA  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO  
"Dr. Edmundo Correas"

EJEMPLAR DE ARCHIVO  
100. n.º 834

Como si regresara de un largo viaje o, tal vez, como si despertara de un profundo sueño, vengo al cabo de los años a recordar y evocar tiempos ya lejanos, para mi queridos e inolvidables porque los consagré con todas mis fuerzas, mi corazón y mis ilusiones a realizar el anhelo espiritual de un pueblo y de muchas generaciones de cuyanos.

Al cabo de treinta años, reviven en mi memoria aquellos días que tenían algo de gloriosos, como los grandes días de sucesos trascendentales que refiere la historia, pero los recuerdos gratos se cubren de melancólicas sombras al evocar a los que ya no existen y fueron mis compañeros en la inmensa y trascendental empresa de dar cuerpo y espíritu a esta Universidad que recién nacía.

Durante un cuarto de siglo había sido gestionada inútilmente en el Congreso; muchos buenos hijos de Cuyo proyectaron su fundación, y el más afortunado, el doctor Rodolfo Corominas Segura, vio triunfante su empeño cuando el 21 de marzo de 1939 el Presidente Ortiz y su ministro de Instrucción Pública, doctor Jorge Eduardo Coll, la crearon. Esos hombres eminentes han muerto pero viven y vivirán en el recuerdo agradecido de su posteridad.

Días después, el 27 de marzo, quedó fundada en Mendoza. Fue una ceremonia inolvidable. Se habían reunido ministros de la Nación, los gobernadores de Cuyo, muchos hombres famosos del país y un inmenso concurso de gente. Después de los grandes discursos inflamados de patriotismo, el flamante rector se refirió al suceso y a la misión de la universidad que nacía. "He aquí un día que señala el fin de un largo proceso y el comienzo de una jornada sin término —dijo— día fasto en los anales de la cultura y glorioso para un pueblo que ansía su elevación espiritual con el hondo fervor que inspiran las convicciones profundas. Ha nacido una nueva Universidad a la vida, no al modo de la Minerva mitológica, sino como el fruto sazonado de prolija y paciente gestación. Estaba soñada por muchas generaciones que sufrieron las inclemencias de la ignorancia; concebida por San Martín en las horas liminares de la



Patria heroica, y encarecida por las instancias de un pueblo que no se resigna a condenar su espíritu al desamparo de las ciencias y las artes y que tiene la maravillosa intuición de la luz que ha de llegar a disipar las tinieblas de su espíritu, como la antorcha panatenea llegaba de mano en mano a iluminar los extramuros envueltos por la oscuridad de la noche". Y agregaba: "En el dilatado ámbito de su misión debe comprender no solamente las ciencias y artes, sino el carácter y la moral. Es hora de reparar en la felicidad humana y dotar al hombre de las fuerzas espirituales suficientes para alcanzarla. La humanidad está fatigada de materialismo y aspira a idealizar la vida. El hombre moderno no es feliz: ha perdido la tranquilidad espiritual porque ha vaciado su alma en el mundo artificial que se ha forjado. Como el Fausto de Goethe, ha logrado un poder portentoso sobre la tierra pero su espíritu está sin luz y sin amor. Es fuerza que el hombre vuelva sobre sí y conciba un mundo más puro y más ideal".

De inmediato, con premura, ganando tiempo a las horas, se comenzó a organizar la Universidad. Todo había que hacerlo. La Universidad estaba todavía en el documento que la había creado y en las ideas y sentimientos que la inspiraban. No habían edificios, muebles, reglamentos, profesores ni alumnos. Recuerdo con simpatía al personal que me acompañó en aquellas labores: doctores Randolfo Paolantonio y Jorge Federico Leal, que fueron secretario general y prosecretario; Carlos Arbet, Guido Flores, Martín Larriqueta, Eliseo Castro, que indistintamente atendían trabajos de secretaría; en la contaduría, tesorería y administración general: Gustavo Carrión Lemos, Rodolfo Salas, Francisco Solchaga, José Camacho, Francisco Femenía, Emilio Vázquez Viera, Javier Navarro Correas, Miguel Angel Pontis, Enrique Pérez Silva, José Struchs. La primera empleada fue la señorita María Clara Quiroga Rosas. No por modestas eran menos importantes las funciones que se les confió a Ricardo Yáñez, Alberto Sánchez, Manuel Celán, hoy Intendente de la Universidad a la que ha servido con fidelidad ejemplar a través de treinta años; su hermano Joaquín Armando; Manuel Ignacio Sosa, Bonifacio Robles, Nicolás Rufino Gudiño, Nicolás Benditti, Mateo Morro, Sebastián Ruggero, Andrés Prudencio Robles, Américo Moreta, Gregorio Avelino Acosta, Alberto Tapia, Antonio Jiménez, Alberto Montañés y los cuatro hermanos Pagano, Angel, Antonio, Blas y Víctor. Todos, todos fueron elegidos por su capacidad y conducta, era un núcleo selecto, digno de la institución que nacía.

Simultáneamente se organizaron los nuevos institutos y el Consejo Superior que fue integrado por los decanos de Ciencias y Filosofía y Letras, doctores Federico J. Moyano y Manuel G. Lugones; directores de la Escuela de Lenguas Vivas y Academia de Bellas Artes, Cándido Sebastián Allen y arquitecto Manuel V. Civit; el profesor Julio César Raffo de la Reta y los doctores C. Alberto Giménez, Salvador Doncel, en representación de San Juan, y José Elías Rodríguez Saa en representación de San Luis. El arquitecto Civit fue elegido vicerrector.

La Facultad de Ciencias comprendía las escuelas de Ingeniería de San Juan, de la que fue primer director el ingeniero Rogelio A. Boero, y las escuelas de Ciencias Económicas y Agronomía en Mendoza, que dirigieron el doctor Carlos A. Luzetti y el ingeniero Héctor G. Contardi. En San Luis se organizó el Instituto Nacional del Profesorado que se confió a la dirección del doctor Fausto I. Toranzos. Complemento de los institutos fundamentales, fueron el de *Investigaciones Históricas*, cuyo primer director fue el historiador doctor Roberto H. Marfany y ayudante Juan Draghi Lucero; de *Etnografía Americana*, el profesor Salvador Canals Frau; de *Lingüística* el eminente filólogo español doctor Juan Corominas, cuyo hermano Ernesto, hoy profesor en París, dictó matemáticas superiores y su hermana Hortensia fue directora de la Biblioteca Central que se fundó con el aporte de muchos libros valiosos donados por el doctor Federico J. Moyano, don José R. Guevara, el general Agustín P. Justo, el Presidente de Chile don Arturo Alessandri, el Instituto Rockefeller, además de gente generosa del país y del extranjero. Ayudante de la biblioteca fue el estudiante Adolfo Scalvini.

El doctor Julio Savastano, contratado en Italia, organizó el *Instituto de Olivotecnia*; el geólogo italiano Egidio Feruglio fue el organizador del *Instituto del Petróleo* origen de la actual facultad de Ingeniería de Petróleo.

El gobierno nacional había integrado la Universidad con la escuela de Comercio y el Liceo Agrícola, en Mendoza; la escuela de Minas, en San Juan, y la Normal, en San Luis. Fue necesario adecuarlos a las posibilidades universitarias, modernizarlos, y se designó inspector general de enseñanza al doctor Ireneo Fernando Cruz. En San Luis se confió la inspección al organizador del Instituto Pedagógico, doctor Juan José Arévalo, futuro presidente de Guatemala, su país natal. Como complemento de estudios secundarios se fundó en Mendoza el *Colegio Nacional Central General San Martín*, cuyo primer rector fue el doctor Emilio Jofré.



Ni las fundaciones, ni los planes de estudio y programas se hacían por vanagloria ni sin justificables razones y prudentes consejos. Muchas veces recurrí a la experiencia y sabiduría de maestros notables que respondieron con generosidad a mis requerimientos. Recuerdo con profunda gratitud a quienes me ayudaron: Ricardo Rojas, Coriolano Alberini, Ricardo Levene, Rafael Alberto Arrieta, José A. Oría y Carmelo M. Bonet, en la organización de la facultad de Filosofía y Letras; los ingenieros Ludovico Ivanissevich, en Ingeniería y Pedro Marotta, en Agronomía; el economista Alejandro Bunge en Ciencias Económicas. Debo una mención especial para los ingenieros Ricardo Silveyra y Agustín de Rosas, que fueron los protectores del Instituto del Petróleo que nació con el subsidio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales; y debo, también, mi homenaje y agradecimiento a los maestros Alberto Williams y Athos Palma que animaron los primeros pasos de nuestro Conservatorio.

Un sabio consagrado en el mundo fue el consejero excepcional de la Universidad de Cuyo a la que ilustró con su palabra y orientó con un mensaje que será siempre lección ejemplar. Fue el doctor Bernardo A. Houssay. El nos dijo que "una verdadera Universidad debe ser el centro cultural de la Nación donde en una atmósfera moral y de sano idealismo, se forman espíritus selectos y se elabora el progreso intelectual y social por medio del cultivo de la filosofía, las ciencias y las artes, las profesiones clásicas y las nuevas que vayan exigiendo el adelanto técnico y las necesidades colectivas". El nos dijo que el prestigio de la Universidad depende de sus profesores; que Universidad que no investiga, no es Universidad que debe elegirse como profesor al que hace estudios más originales y que forma los mejores alumnos, y que los profesores deben consagrarse a su labor docente y de investigación. El nos dijo muchas cosas profundas y sabias que nosotros escuchamos.

La formación del claustro docente era la tarea fundamental. Cuyo no tenía tradición universitaria y era indispensable buscar fuera, en el país o en el extranjero si resultaba necesario. Por intermedio de los grandes maestros amigos de Buenos Aires y los buenos oficios de representantes diplomáticos en Europa, se contrataron varios profesores. Los doctores Rojas, Alberini, Levene y Carlos Ibarguren fueron los agentes más entusiastas y rigurosos en la Argentina, y en Francia lo fue el Embajador doctor Miguel Ángel Cárcano, en quien están encarnadas las virtudes de su ilustre padre, el doctor Ramón J. Cárcano, que nos alentó con optimismo y generosidad en nuestro rectorado. El Embajador Cárcano contrató a los profesores franceses Henri Gil Marchex, virtuoso del piano, y

Jean Driesbach, pintor impresionista tan suave y culto como su esposa Henriette, que fue profesora de folklore en nuestra escuela de Lenguas Vivas. El cónsul general de la Argentina en Suiza, ingeniero Ricardo Videla, que había sido gobernador de Mendoza, contrató al eminente economista doctor Carlos Becker y al estadígrafo doctor Roberto Guye, técnicos de las Naciones Unidas; por intermedio del Embajador de Alemania, vino a la Universidad el doctor Alfredo Dornheim que ha introducido en los estudios el rigor y la formalidad de las universidades germanas. Además de España, Italia, Francia, Suiza y Alemania, fueron designados profesores de Bélgica y Chile. Recuerdo con simpatía al doctor Claudio Sánchez Albornoz que en la enseñanza de la historia medieval encontró en Mendoza consuelo a su exilio de político-romántico; el eximio grabador Víctor Delhez, que sigue compartiendo la enseñanza con exposiciones triunfales; al erudito historiador del arte doctor Bruno Roselli; al geógrafo Enrique Péndola de Martini y a los historiadores Néstor Mesa Villalobos y Juan Turrens. Fueron ofrecidas cátedras a hombres famosos al maestro Manuel de Falla, a Manuel García Morente, el hombre que más me ha impresionado por su talento, sabiduría y memoria fabulosa; al doctor Jorge Luis Borges, que ya iba en camino de la fama. También se les ofrecieron cátedras a los notables enólogos europeos Françot, Casali y Flancy. De Buenos Aires vinieron para integrar el primer curso de Filosofía y Letras los profesores Horacio Schindler, Mario E. R. Lugaresi, Luis Felipe García de Onrubia, Juan Villaverde, Héctor Catalano, Enrique Anderson Imbert. Completábamos ese cuerpo docente con los mendocinos Manuel G. Lugones, Julio César Raffo de la Reta y Emilio Jofré. Secretario fue Alfredo Deshays. Para agronomía vinieron los ingenieros agrónomos Manuel Román Cáceres, Félix Albany y Pedro J. M. Belcaguy y el doctor Germán Mendivelzúa. A ingeniería de San Juan fueron los ingenieros Pascual Sgrosso, Roberto Mercader y Alberto Constantini, más tarde ministro de la Nación, y el agrimensor Héctor A. Barreiro. Integraron el curso los sanjuaninos ingenieros Boero, Carlos F. Macchi, Héctor Faustino Puebla y Hugo Crescentino, el doctor Alberto A. Tomaghelli y el profesor de dibujo Abraham Caputo. Secretario de la escuela fue Antonio de la Torre, uno de los poetas más líricos y clásicos de nuestro parnaso, compartió la secretaría con la cátedra de composición y estilo y fue más tarde subsecretario de Cultura de la Nación. Empleado de esa escuela fue el estudiante Armando Perelló, joven amable y de corazón puro, hoy jefe de fábrica en los Estados Unidos.



El personal docente de ciencias económicas quedó formado con el doctor Luzzetti en la dirección y los profesores Becker y Guye, contratados en Europa, Rodríguez Arias en Buenos Aires, y los mendocinos Edmundo G. Romero, Alejandro Mathus Hoyos, Adolfo A. Vicchi, Alberto A. Corti Videla, Edmundo A. Cuervo, Juan Ramón Guevara, Carlos A. Saccone, Ernesto Corvalán, Pedro D. Moretti, Guillermo J. Cano, Manuel A. Marini y Arturo F. Penny. Secretario fue y sigue siéndolo con sostenida consagración y capacidad, don Randolpho López Barbosa.

Al Instituto del Profesorado de San Luis fueron los profesores Arévalo, Toranzos, Gabino F. Puelles, Manuel Balanzat, Rodolfo Kaiser Leñoir y Modesto González. Ellos fundaron las primeras cátedras y con su competencia y laboriosidad introdujeron un nuevo estilo en los estudios y en la vida docente de aquella provincia.

El arquitecto Manuel V. Civit fue el organizador y animador de la Academia de Bellas Artes, que dirigió con entusiasmo y dinamismo admirables. Entre los profesores del primer curso, además del pintor Driesbach y del grabador Delhez, recuerdo a los profesores Roberto C. H. Cascarini, Diego Francisco Pro, Francisco B. Correas, Arturo J. Civit, José Ramón Mayo y al escultor Juan Bautista Leone, al que siguió el chileno Lorenzo Domínguez, de tan grata memoria. Secretario excelente de esa Academia fue don Carlos H. Castillo.

Todo el profesorado de la escuela de Lenguas Vivas fue contratado en Buenos Aires y casi todo entre las jóvenes recién egresadas y sobresalientes de la escuela similar. Fue director y organizador de la escuela don Cándido Sebastián Allen, alma angélica, todo bondad e idealismo, cuyos inmensos servicios docentes no han sido suficientemente avalorados ni agradecidos. Antes que se fundara la escuela eran contados los mendocinos que conocían idiomas extranjeros, hoy son docenas de miles los que hablan, escriben o entienden inglés, francés, italiano y alemán, idiomas con los que se iniciaron los cursos. Fueron sus primeras profesoras las señoritas Clara Federica Digiovanni, María Luisa Tubino, Marcelle C. Lageze, Oonah Murphy Young, Graciela Emiliani, Sofía Haydée Earley, María Ethel Gray, Annie Karin Hessling, Ofelia Fuertes, Elsa Solari, América J. Sciarretta, Inés Accornero, Dora Hamilton, María Elena Ciapasco, María de las Mercedes Samada, y los profesores Mario Binetti, Bernardo Blanco-González y Roberto Salmon. Ellas, como aquellas valientes niñas norteamericanas que en el siglo pasado vinieron al reclamo de Sarmiento, también vinieron con la incertidumbre de lo desconocido a fundar nuevos estudios y, con el tiempo, nuevos hogares. Secretario de

esa escuela fue el venerable Harold Curtiss Perkins que hablaba el inglés victoriano con rigor inflexible.

El director Perceval fue autorizado a elegir los profesores que le acompañarían en el Conservatorio junto con el pianista francés Gil Marchex y el maestro Fidel María Blanco, de Mendoza. El primer curso quedó integrado con los instrumentistas Isidro Maiztegui, Ferruccio Cattelani, Ernesto Cobelli, el violinista Roque S. C. Citro, Aquiles Luis Romani, José Ruta, Elifio Eduardo Rosáenz, el pianista Antonino de Raco, que llegará a ser famoso, Emilio Dublanc, y las profesoras Blanca H. J. Cattoi, Mary Lan y Franca Cavalieri, a las que siguieron Mme. Jean Bathori, del Conservatorio de París, y más tarde el concertista Francisco Amicarelli. Director de los coros fue Maiztegui que deleitó a los públicos de Cuyo con bellas canciones, de las que fue preferida el Primavera de Strauss, quizás porque sus melodías interpretan el despertar de la juventud triunfal, la idea de la vida en alas del espíritu. Esa es la idea que simboliza el escudo de la Universidad: el cielo azul, la montaña majestuosa de la que sobresale el Tupungato y el cóndor andino, cantado por Andrade y celebrado por Joaquín V. González, asciende desplegadas sus poderosas alas hacia el infinito. Abajo, en latín, sobre un libro abierto, el lema y motivo de la alegoría: En el vuelo del espíritu está la vida. La leyenda la escribió el doctor Delfín Grenon, S.J., y el escudo fue realizado por el dibujante Guido Buffo.

El emotivo himno de la Universidad lo compuso el maestro Perceval y la inspirada letra es del poeta mendocino Alfredo Goldsack Guiñazú.

Como complemento artístico, se colocaron al frente del edificio universitario, sobre el jardín, los dos *Esclavos* de Miguel Angel, obsequiados por el ilustre fundador y rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina.

A comienzos de agosto de 1939, se estaba dando término a los preparativos inaugurales. Todo Cuyo estaba ansioso. Los diarios anunciaban continuamente la llegada de nuevos profesores; se habían inscripto más de dos mil alumnos y los locales eran insuficientes; fue necesario anexar otros y alquilar algunos. La Nación cedió más de cien hectáreas en Chacras de Coria para la escuela de Agronomía; en Mendoza el gobernador Vicchi ayudó a fundar la escuela de cerámica que organizó el ceramista español Lorenzo Arranz, y en San Juan el gobierno y el vecindario contribuyeron a levantar la escuela de Ingeniería. La Universidad era pobrísima, solamente tenía doscientos cincuenta mil pesos para instalación, alquileres, sueldos y toda clase de gastos. Algunos empleados traba-



¡aban gratis y muchos con sueldos míseros, pero el entusiasmo animaba a todos y nadie mezquinaba su tiempo y energías. Cuantas veces terminaba la jornada al filo de la media noche y recomenzaba con las luces del día, cargados los ojos de sueño pero animoso el espíritu.

Mientras este rincón del mundo se preparaba a festejar el comienzo de una era de cultura y civilización superior, llegaban desde Europa noticias desconcertantes y aterradoras. Los sistemas políticos que habían declarado la superioridad del Estado sobre el hombre, desataban la guerra que amenazaba a la humanidad, a la civilización y la cultura. Como si fuera nuestra protesta contra el fanatismo, la intolerancia, la prepotencia armada que perseguía razas, ideas y credos, la Universidad abrió sus puertas el 16 de agosto de 1939, sin prejuicios, libre de odios, con ansias inmensas de conocer la verdad y accesible a toda la gente de buena voluntad, capaz de aprender y enseñar. Fue una ceremonia tan emocionante como aquella de la fundación. Habían venido hombres famosos de todo el país, entre ellos el doctor Ricardo Rojas en compañía de un joven mendocino, el doctor Antonio Pagés Larraya, uno de los alumnos más sobresalientes en mi larga vida docente.

Fue a esta misma hora, al promediar el día, cuando se realizó la ceremonia hace treinta años. Estaban el vicepresidente de la Nación, doctor Ramón S. Castillo, gobernadores, ministros, diplomáticos, profesores, alumnos y un inmenso gentío que cubría el gran patio de la vieja casa. Después de saludar a los representantes de las universidades y recordar a los fundadores de la nuestra, deploré los sistemas y novedades que afligían a la humanidad. "Conquistas portentosas de la ciencia —dije— han transformado al hombre en resorte insignificante de un instrumento colosal, y como si se quisiera mudar la vida misma se llega a sustituir la concepción natural y el propio corazón humano por dispositivos de laboratorio y de mecánica. Se apagan las ideas, se afloja la moral, se hace mofa de la mística, se deforma el arte, cunde el materialismo y la frivolidad se impone. En las universidades clásicas de la atormentada Europa se encienden controversias muy distintas a las que agitaban a San Anselmo y Abelardo, que llenaron toda una edad de la historia, más oscura pero más feliz que la actual. Tiempo es de reaccionar —agregué—, y oportunidad feliz es ésta que toca en suerte a la nueva Universidad nacida al amparo de un ambiente propicio y animada por la fe profunda en las potencias superiores del espíritu, porque en el espíritu está la vida misma, cuanto de noble e ideal anima al ser humano". Y concluí: "Bajo el augurio promisorio de quienes representan aquí las fuerzas que gobiernan

los diversos afanes de la vida, con la advocación de los que lucharon y sufrieron por la civilización y la cultura, invocando la protección de Dios, fuente misteriosa y eterna de la existencia, dejó inaugurados los cursos de la Universidad Nacional de Cuyo".

Y empezó a vivir con fuerza vigorosa, sostenida por el entusiasmo de profesores y estudiantes y la simpatía del pueblo.

Estaba en nuestros propósitos que la Universidad fuera una verdadera asociación de profesores y alumnos, un ambiente liberal, democrático y al mismo tiempo selecto, animado por comunes ideales de cultura y perfección, porque ¿qué opinión tienen los alumnos de profesores que entran y salen de las aulas como de una oficina, apremiados por el tiempo y otras tareas? ¿Qué camaradería puede existir entre quienes no se conocen? ¿Qué simpatía pueden conquistar quienes ignoran a sus alumnos ni les interesan sus inquietudes y angustias? Los centros de comunión intelectual eran la cátedra, el laboratorio, el seminario; el centro de comunidad social debía ser el club y hogar universitarios. Rápidamente fueron instalados en las tres provincias. Con la generosidad de la Sociedad Schaffhausen, se amoblaron y adornaron al estilo provenzal; el club principal en el edificio central de la Universidad, en un pintoresco rincón de amplias salas unidas por espesos arcos de antigua estructura. Era un ambiente amable, simpático, que compartían profesores y estudiantes bajo la administración de éstos. Los días de fiesta se hacían reuniones familiares. En la quinta agronómica se instaló una filial del club dedicada a los deportes, con pileta de natación de medidas olímpicas, tenis, esgrima, tiro al blanco, básquetbol y equitación. El Ejército donó veinte caballos con arreos complementarios. Fueron los organizadores y directores del club de deportes el mayor (R.E.) Angel Alfonso Arias y el capitán (R.E.) Máximo J. Medrano, y profesor de equitación don Rodolfo Ruiz Suárez. Todos los visitantes que llegaban a la flamante Universidad desembocaban en el club central donde eran atendidos por estudiantes. Recuerdo las expresiones de asombro y contento de algunas visitas que no habían visto en la Argentina nada parecido. El doctor Alfredo L. Palacios, antiguo rector de la Universidad de La Plata, el célebre Walt Disney y la artista Lola Membrives hicieron públicos elogios del club, y la famosa pedagoga doña María de Maeztu, contagiada por la alegría canturreó las estrofas del *Gaudeamus, igitur* de los universitarios españoles.

Cada día aumentaba el número de oyentes en las cátedras; hombres y mujeres ajenos a la Universidad asistían a clases de su preferencia y



desbordaban el salón de grados cuando venía algún conferencista famoso. Al margen de la recogida tranquilidad que reinaba en los claustros, la Universidad se proyectaba al pueblo para que participara de los beneficios de la cultura. Periódicamente se ofrecían conciertos que entusiasmaron a la gente; muchas veces los públicos de San Juan, San Luis y San Rafael oyeron la orquesta y los coros universitarios y hasta el magnífico órgano que obsequió don Pedro Olivé.

Bajo la dirección del doctor Enrique Anderson Imbert, hoy profesor en la Universidad de Harvard, se organizó una compañía teatral formada por alumnos que representaron la comedia de Moratín *El sí de las niñas*, y lo hicieron con tanto despejo y simpatía que fue repetida en todo Cuyo acompañada de aplausos y agasajos. Recuerdo el nombre de aquellos actores: Manuel Domínguez, malgrado trágicamente años más tarde cuando era director de la Escuela Normal; José Santiago Arango, Lidia Irma Guiraldes, María Teresa Camarasa, Elisa Zalazar, Aurelio Bujaldón y Miguel Santos Varela. Los estudiantes participaban de todas las actividades culturales; organizaron una *Cooperativa*, primer centro estudiantil, que editó la revista *Spiritus*, nombre grato y simbólico de la nueva era. La dirigió Luis J. Cabut y colaboraron Rosa Zuluaga, José Santiago Arango, Dardo Olguín, Estela Gray, Fanny Gallástegui, Cayetano Piccione y Humberto Crimi, hoy destacado cultor de las letras.

En la localidad de *Las Cuevas*, sobre la cordillera de los Andes, la Universidad instaló una biblioteca internacional. Fue una ceremonia muy emotiva. El profesor Juan Villaverde pronunció el discurso inaugural y contestó el jefe del resguardo aduanero don Félix Castelli con palabras bellísimas que recuerdo. "En otras tierras, en otras fronteras —dijo— hay cañones que todo lo destrozan. Tan sólo aquí, en este lugar en que empieza y termina nuestra Patria, hay libros apuntando al corazón... Y allá en lo alto del cerro, donde las nieves se eternizan, se levanta la efigie venerable del Cristo que los hombres colocaron como un símbolo de paz, de libertad y de grandeza... Por eso emociona vuestra obra, señor Rector, porque habéis traído libros a este lejano rincón de la Patria en que un puñado de hombres vigila y trabaja en la frontera, no buscando al enemigo, sino abriendo los brazos al hermano, al que llega, al que se aleja..." Un día pasó por allí Gabriela Mistral y escribió: "Esta es la biblioteca más alta y más bella del mundo".

En el deseo de hacer participar a otras provincias y regiones del país de los beneficios universitarios, salieron comisiones de profesores y alumnos para difundir la buena nueva. Recuerdo con viva simpatía los nombres de algunos de aquellos que vinieron: de Río Negro, Salvador Carlos Laría, hoy distinguido historiador y profesor; de Santa Cruz, Héctor Lenzi,

y de La Pampa, José Mariani, José Marziali y Juan Salomone que fue digno discípulo del maestro Perceval.

Pero no solamente se proyectaba la Universidad a través del arte y de los libros, también se organizó la *Semana de la Chacra y del Hogar* en los jardines de la Quinta Agronómica, al modo sencillo y directo como la famosa universidad de Cornell ofrece anualmente los resultados prácticos de sus estudios e investigaciones a los miles de granjeros y chacareros que en esas ocasiones la visitan. Además se organizó con el apoyo de la Sociedad Rural Argentina una exposición de ganadería y maquinaria agrícola como jamás se ha realizado otra en Mendoza y quedó fundada la primera sociedad del ramo en la provincia patrocinada por el ingeniero José María Bustillo, presidente de la Sociedad Rural, que vino a la inauguración acompañado de prestigiosos ganaderos e industriales del país.

Cuando di cuenta de los dos primeros años de vida universitaria, dije: "La obra cumplida desde el día en que se inició es extraordinaria. La posteridad la señalará con admiración, y yo no me ruborizo en calificarla y exhibirla porque es el fruto del entusiasmo y capacidad de todos mis colaboradores, consejeros, decanos, profesores, alumnos y empleados. Nada detendrá la obra lanzada a los siglos ni la desviará de su alta misión". Y dirigiéndome a los estudiantes, agregué: "Sois los hijos espirituales de esta Universidad *alma mater* que labra inteligencias y cultiva voluntades para conducir al triunfo y posesión de la vida. Como las benditas mujeres que os dieron la existencia, ella también necesita del amor filial que es foco de luz y calor que la nutre y alienta. Su honor y gloria son vuestros porque estáis unidos por la filiación invisible de la vida espiritual. Honradla como hijos con todas las fuerzas de vuestra devoción, para edificar sobre su fama el reino soñado de la verdad, la justicia y el amor".

Muchos hombres y mujeres han egresado de sus claustros desde entonces; algunos andan por el mundo trabajando en campos de ciencias y artes, en universidades y academias, en gobiernos y empresas; otros están entre nosotros y son factores del progreso intelectual y material de nuestro Cuyo y de la Patria, y de esta misma Universidad de la que ahora son decanos y profesores, como vos doctor Francisco V. Leiva Hita, que la visteis nacer, y vosotros señores decanos que fuisteis sus alumnos como otros tantos directores de sus institutos.

Recuerdo con cariño y melancolía a los que fueron entonces alumnos de la vieja casa universitaria, ya desaparecida, los que alegraban el gran patio con sus risas y parloteos. Ni los años ni las fatigas han borrado de mi memoria sus nombres y fisonomías y a todos envío mi saludo cariñoso.



Aquel fuego que animó los primeros años no se apagó después y otros conductores lo mantuvieron vivo en los rectorados de los doctores Ireneo Fernando Cruz, Roberto V. Carretero, Rodolfo Cucchiani Acevedo, Pascual A. Colavita, Alberto Corti Videla, Mariano Zamorano y Carlos A. Saccone a los que sucedió nuestro eminente comprovinciano doctor Dardo Pérez Guilhou que hoy dirige la educación pública de los argentinos, y a quien ha sucedido el doctor Julio J. Herrera, notable hombre de ciencia que emprende una nueva jornada en la historia de la Universidad. Y vaya en este día de evocaciones y recuerdos el voto de su viejo Rector: Que aquel fuego prendido en los primeros años de la Universidad de Cuyo no se apague jamás y que por siempre, todas las generaciones que se ilustren en sus aulas tengan por cierto que la vida del hombre solamente se embellece y eleva en alas del espíritu, como reza la leyenda de su escudo.

Reg. N° F.13602

378.4  
C 824 d  
CORREAS, Edmundo



BIBLIOTECA CENTRAL



PUBLICACION DEL  
Departamento de Extensión Universitaria

Imp. Oficial